LEOPOLDO DE LUIS ES EL POETA CORDOBÉS QUE MÁS RECONOCIMIENTOS HA ALCANZADO A LO LARGO DE 1999, CON PREMIOS COMO EL MIGUEL HERNÁNDEZ, EL ATLÁNTICA Y EL LEÓN FELIPE.

Leopoldo de Luis

Antonio Rodríguez Jiménez

Este año que acaba parece que está lleno de galardones hacia su persona: El Premio Internacional Miguel Hernández, el Premio de Poesía Atlántica, el Premio León Felipe, los tres en reconocimiento a su dilatada labor. ¿Cómo valora estos galardones?

–Por naturaleza, los premios son siempre algo aleatorio y, por consiguiente, inconstantes. Que este fin de año hayan coincidido tres o cuatro es mero azar. Cualquier reconocimiento lo recibo con gratitud y humildad. Gratitud por el favor que el jurado me hace; con humildad, porque sé que otros autores podrían merecerlo igual o más que yo. Cuando se trata de premios, como éstos, concedidos por el conjunto de la obra, sin previa solicitud mía, la satisfacción es mayor, por supuesto. Si todos merecen mi estima, cada uno encierra sus peculiaridades. El Miguel Hernández de la Comunidad de Valencia, es particularmente emocionante para mí, por el nombre que lo preside. Fui amigo personal de Miguel y debo mucho a su amistad y a su obra. Fue un gran poeta y un joven muy desgraciado. Sobre él cayeron tremendas injusticias. El de Poesía Atlántica nace en el seno de unas reuniones anuales de poetas, organizadas por el excelente poeta canario Justo Jorge Padrón, y cuentan con autores de diversos países. El León Felipe forma parte de una serie dedicada a los valores humanos en distintos ámbitos de la cultura. Mantuve en su día una buena correspondencia con el autor de "Oh, este viejo y roto violín" y he escrito sobre él. Estoy agradecido al director de su Fundación, Alejandro Finisterre. En cuanto al de la Fundación Palo Menassa de Lucía, se instituyó en memoria de un jovencísimo poeta asesinado hace un año. La muerte de un poeta joven le quita siempre algo de luz al mundo.

"La poesía, en último término, es la respuesta que el poeta da a las preguntas que le llegan del mundo en torno"

Haga balance de su labor creativa.

Balance: término contable que supone en todo caso un debe y un haber. De todo hay en lo que uno hace. Creo que soy un poeta fiel a sí mismo y preocupado por la condición humana. Me afecta como puede afectar a cualquier otro ser. Es cierto que mis escritos han caminado desde una preocupación más estética hacia una preocupación más reflexiva. Siempre he dicho que, para mí, la poesía lírica es respirar por la herida. Que esa herida le pueda doler a los demás, es el acierto del poeta. Con el paso de los años, el entusiasmo y la sorpresa ceden el paso a la meditación.

-¿Qué le sugiere la entrada del nuevo milenio?

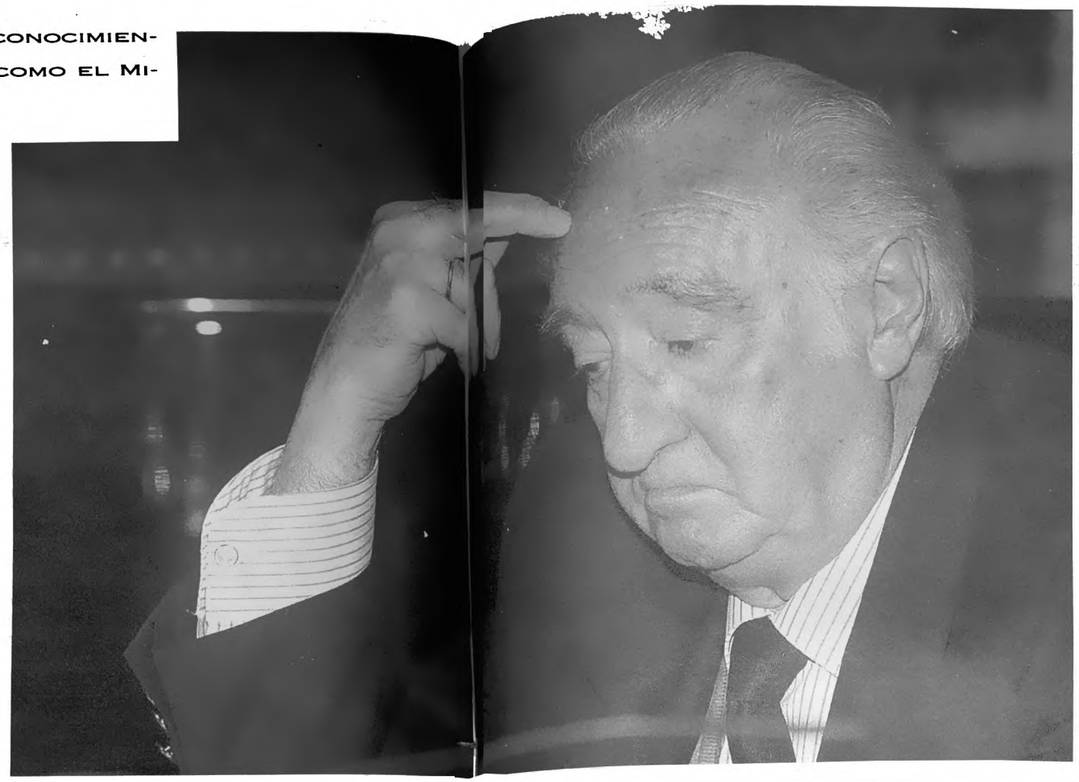
-Me sugiere algo que creo trascendente: la humanidad, en todos los siglos pasados, ha estado torturada por las guerras, por la miseria, por el hambre. Si hasta hoy no ha sabido –o no ha podido– liberarse de tales lacras, ¿logrará hacerlo en el siglo próximo? Lo dudo, o más bien creo que no. Y ante esa perspectiva de un tiempo deshumanizado y egoísta, sólo queda la esperanza de la palabra poética, como palabra de paz, de sosiego, de libertad y de debelación de la injusticia.

–Usted ha estado siempre en torno a la poesía social, por generación y por proximidad ideológica. ¿Cómo eran aquellos años?

–La poesía social pretendió que el poeta fuera una conciencia puesta en pie. Los años de postguerra transformaron la actitud del poeta frente a la poesía. Hubo una juventud que se negaba a que la poesía fuese una belleza evasiva y tomó conciencia de la realidad de su tiempo. Se alejó del narcisismo egoísta, abandonó la torre de marfil, estimó que no era justo cultivar una poesía de refinamiento y lujo verbal ignorando el sufrimiento y la represión. Quiso acompañar a los que sufren y esperan. De ahí su interés por las mayorías, aunque comprendiendo la diferencia entre medios y fines. Las revoluciones no se han hecho nunca con poemas, pero la solidaridad es un deber. Por entonces decía Vicente Aleixandre, maestro de todos nosotros, que hay épocas graves, de urgentes crisis, en que se le pide al poeta más sus valores éticos que su brillantez estética. Esa preponderancia de la ética sobre la estética fue una característica de la época.

–Hay una generación que ahora se valora mucho, la del 50. Aunque si la comparamos con la del 27 se quedaría muy atrás, ¿los poetas del 50 tienen la importancia que hoy parecen tener?

-Con la generación del 50 creo que se comete una injusticia, porque se la representa frecuentemente por un pequeño grupo, olvidando nombres muy valiosos. Sin que sea oportuno compararla con el 27, que es ya una generación casi mítica, la del 50 ofrece una nómina amplia e importante.



El escritor y poeta cordobés Leopoldo de Luis, uno de los hombres de la cultura que más ha destacado a lo largo de 1999.

–¿Han cambiado mucho las cosas en la manera de concebir la poesía de hace cincuenta años a este momento?

–Sí. Han cambiado, porque la poesía, en último término, es una respuesta: la respuesta que el poeta da a las suscitaciones, esto es: a las preguntas que le llegan del mundo en torno. Si las preguntas son otras, las respuestas –la poesía– han de cambiar. Unas nuevas generaciones –tres, al menos, en el, lapso propuesto– adoptan nueva actitud ante la vida. Nada es igual que entonces, aunque, a mi juicio, haya valores permanentes. Aún así, esos valores no mantienen inalterable su estimación. Y en eso reside la perdurabilidad de la Poesía: cada nueva leva de lectores los aprecia desde ángulos distintos.

–¿De qué manera cree que ha evolucionado su poesía desde los primeros libros hasta los más recientes?

–Me he referido ya, en parte, a ello. Evoluciona el hombre y en buena medida la poesía es el hombre. Vive y convive de otra suerte. Le rodea otro entorno. Ni la salud física le sigue igual. Otras han sido sus lecturas. Vio crecer al hijo. Vio morir al padre. Envejecen los seres que ama. Hoy, para él, vivir es ver morir. ¿No van a cambiar sus preocupaciones y, con ellas, su poesía?

CRÍTICO Y CONFERENCIANTE

-También ha hecho usted una importante labor de crítico y conferenciante. ¿Cómo ha compaginado todo esto?

–La poesía es un acto de amor, pero no de amor egoísta. Amar la poesía no es sólo –no debe ser– amar la propia, es también esfuerzo por comprender la de los demás. He ahí la primera condición del crítico: no decir cómo le gustaría a él que fuera un libro, sino decir cómo es y por qué. La compenetración no puede ser más sencilla. En cuanto a las conferencias, son una forma de crítica, con el placer añadido para aquellos a quienes nos gusta mucho hablar.

–Curiosamente, usted no ha sido profesor, a pesar de que sus actividades paralelas son similares.

–Mi vocación, desde muy joven, se orientó a dos vertientes: la enseñanza y el Derecho, y en ninguna de las dos pude realizarme. Las circunstancias mandan. Sin embargo, me siento en cierto modo compensado porque mi padre fue abogado y mi hijo es profesor, de suerte que yo soy una especie de sandwich en donde lo bueno son los lados y lo menos valioso el interior.

–Ahora, le toca hablar de Córdoba, su cuna. La abandonó pronto para instalarse en Castilla.

–Volvemos a las circunstancias imprevisibles. Mi cariño por Córdoba, de la que me sacaron de muy niño, me viene inspirado por mi padre, que era un enamorado de esa ciudad. Amigo de Julio Romero de Torres y de su hijo Rafael. Fue secretario –creo tener entendido– del antiguo Círculo de la Amistad. Problemas familiares motivaron la salida hacia la tierra de mi madre: Valladolid, donde estuve hasta los diecisiete años. Luego, Madrid. Siempre que voy a Córdoba procuro pasar por la calle en una de cuyas casas nací. Mi madre, joven castellana cuya boda la llevó a Córdoba, me contaba sus paseos por los jardines cordobeses. Por otra parte, he estimado y admirado siempre a los poetas del grupo "Cántico", revista en la que colaboré en sus dos épocas. No olvido un simpatiquísimo "perol" que, hace muchos años, me ofrecieron amistosamente Ricardo Molina, Pablo García Baena y Juan Bernier: tres grandes poetas muy queridos. Como queridos son también Mariano Roldán y su revista "Mediodía"; Luis Jiménez Martos y su revista "Arkangel"; Manuel Álvarez Ortega y su revista "Aglae". Recientemente, usted mismo y sus entrañables "Cuadernos del Sur". Me cautivó poder leer poemas en el asombroso Palacio de Viana y agradecí profundamente el tratamiento que su periódico dio a esa lectura. Hace muy poco, tuve la satisfacción de recibir un telegrama con el que me felicitaba la alcaldesa de mi ciudad: me emocionó. No es frecuente que las autoridades se ocupen de los poetas.

–¿Qué opina sobre las últimas corrientes de poetas? ¿Cómo ve esas modas arrasadoras?

–La poesía no es cuestión de modas, sino de modos. Otros modos, otros poemas, otros gustos... pero siempre la Poesía (con mayúscula). Se han sucedido varios intentos, algunos de los cuales dejaron realidades espléndidas. Todos los movimientos literarios han discurrido así: han abierto un nuevo frente, han trazado un nuevo camino que se difumina, pero dejando algunas figuras descollantes.

PROYECTOS E ILUSIONES

–¿Qué prepara últimamente?

–Para mí, ese adverbio de tiempo: "últimamente", tiene doble sentido. Pero le diré que he escrito en meses pasados una serie de poemas cortos. De ellos, un breve conjunto, con el título de "El portarretratos", ha sido aceptado por "Los Cuadernos de Sandua" para sus encantadores tomitos, tan evocadores del gran Ricardo Molina.

–¿La vida le ha dado lo que esperaba de ella? ¿Qué espera de la vida?

–Nunca nos da la vida lo que esperábamos, y eso es lo que nos hace vivir, paradójicamente. No hay nada escrito. ¿Esperar? No quisiera resultar lúgubre y mucho menos falsamente desengañado, pero no pediría más que la felicidad de los míos y, para mí, una muerte indolora. Recuerde a Vicente Aleixandre, en sus *Poemas de la consumación*: "Todo es noche tranquila. Morir es olvidar". O esto otro: "Suena el agua en la piedra, mientras, quieto, estoy muerto". Y, sobre todo, este impresionante verso: "La dignidad del hombre está en su muerte". (Aprovecho para decirle que hoy, día 15 de diciembre, en el que le estoy hablando, se cumplen quince años de la desaparición física de aquel gran poeta).

–Es usted actualmente –tras la desaparición de Alberti– uno de los más veteranos. ¿Qué consejo le daría el decano de los poetas a los que empiezan, o a los que están a medio camino?

–Leer. La lectura es aún más importante que la escritura. Leer es una experiencia viva y vital, enriquecedora y necesaria.

–Y, al cabo de esas lecturas, si le pidiera un nombre sólo, ¿de qué poeta aprendió más?

–Diría que de Antonio Machado. A los catorce años "robé" de la biblioteca de mi padre el volumen de "Poesías completas" en la edición de 1928. Nada más abrirlo, en las primeras páginas de "Soledades. Galerías", leí esta norma de vidas –tan de estética cuanto de ética– "La vieja vida en orden tuyo y nuevo". La raíz, lo que nos sustenta, lo que se nos da hecho, y lo que debemos esforzarnos en crear nosotros. Es nuestro deber.

–¿Quién tiene la esencia de la poesía?

–La Poesía somos todos: sin poetas no hay poesía, aunque lo creyera Bécquer. Por último, quiero agradecer esta entrevista al autor y al medio.